

Mario Lugo*



Miguel Ángel Chávez Díaz de León, *Policía de Ciudad Juárez*. Océano (s.l.), 2012, 156 pp. [col. La puerta negra].

Policía de Ciudad Juárez

El autor de esta novela rescata lo imposible de reivindicar. Su método es crear un personaje inofensivo dentro del mundo siniestro de un gremio siempre cuestionado, temido y tantas veces odiado: el gremio policiaco. También rescata una suerte de belleza y sentimientos de ternura por una ciudad que aparentemente se recorre de manera sencilla y en unas cuantas páginas. Así nace un nuevo personaje que puede ser legendario en un género narrativo exclusivo para estrategias literarias: el policiaco. No tenemos muchos en México, pero los que tenemos son de lo mejor y todo parece indicar que

Miguel Ángel Chávez se suma, con esta novela, a ese grupo selecto.

El personaje principal, el agente Pablo Faraón González, por apodo y ocupación, “El amarillo”, está concebido con claridad y contundencia. Entra a la imaginación del lector, en este caso, como Pablo por su casa. Es astuto, cauteloso, caballeroso, si no que lo diga su compañera y pareja de trabajo, y sobre todo, cachondo amor, Ruth Romo. También es considerado por el “Ato-to”, cabecilla de una banda de narcotraficantes, ni de arriba ni de abajo, como “[...] un chota, un policía derecho, de los pocos que hay y en ti se puede confiar”. La ocupación de la Brigada Listón, es la vituperada tarea por los pobladores ciudadanos de poner el listón amarillo en las escenas del crimen que tan solicitada estuvo en los años del terror en Ciudad Juárez. Actividad que en el mejor de los casos causaba sonrisas de ironía por inútil a los ojos de los espectadores. Nada más para eso sirven, se comentaba con frecuencia. En lugar de perseguir nomás llegan a hacerse bola y a poner sus mugreros de cinta, como si con eso resolvieran algo.

En su novela, como dije arriba, el autor rescata esa ocupación como determinante para dar seguimiento a una trama muy bien urdida. Plena de acción y folklore ciudadano. Verdadero *tour* forzado por las calles de la ciudad y sus lugares más memorables. Como era de esperarse, el texto tiene la dosis necesaria de ejecutados, descabezados y de algún Comandante colgado “como Yoyo” (p.58), nos hace ver el personaje. El Amarillo es un tipo rico con características presentadas insistentemente. Es un goloso y fanático del huitlacoche, entre otras cosas. El huitlacoche es un pivote y funciona como remate, celebración o refugio para los avatares del Agente Pablo Faraón y su acompañante. Yo reprocharía sólo la sustitución de La Línea por La regla y El Chapo por el Chavo Gaitán. Aunque quizás deba entenderse como una constatación del carácter fantasioso del relato. Quién sabe. A mí me parece que perturba e impone una barrera que le daría más relieve a la historia si no estuviera ahí.

Aunque la novela se mueve en torno a pocos personajes, la referencia a muchos otros enriquece y le da movilidad, en

muchos casos trepidante. Es una novela excelente. El autor se esfuerza por imponer algunos chispazos líricos: “Ahí me paré y vi los reflejos de la luna que caían sobre el vitral, Ruth tenía razón, no me había fijado, la luna llena se quería meter a la casa” (p. 89).

Como las buenas novelas policiacas deja al lector con el deseo de saber qué sigue y lo deja expectante por nuevas aventuras, no sólo de su personaje principal, sino de otros que muestran estupenda madera para trabajar.

El retrato de su ciudad y su tragedia, sin melodramas y con un realismo puntual es memorable. Digno de alabanza es el sentido del humor, tan escaso en nuestras letras. La sensualidad de Ruth y el tiempo de espera a que somete Miguel Ángel al lector hasta que se realiza el sueño del personaje principal es una delicia. Ante la desgracia y la tragedia un paréntesis para tener una visión rápida y llena de afecto a Ciudad Juárez y su gente. Hay que leerla. Es divertida y escrita con una sencillez sorprendente. Esperamos más historias del oficial de policía Pablo Faraón González, “El

Amarillo”.

* Ciudad Juárez, 1953. Autor de diversas publicaciones; ha participado en varios libros colectivos; creador de la columna periodística Armario de *El Heraldo* de Chihuahua; ha sido editor; y en 1995 ganó el Premio Nacional de Testimonio Chihuahua.

Leticia Castillo Quiñonez*



Rutilio García Pereyra,
Diversiones decentes en una época indecente.
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 2013.

Diversiones decentes en una época indecente de Rutilio García Pereyra

Sugerente como pocos, el título *Diversiones decentes en una época indecente* nos provoca leer una entrega más de Rutilio García Pereyra, profesor de tiempo completo de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, en torno a una veta de investigación que abrió hace siete años con su tesis doctoral: “Vicio y diversión en Ciudad Juárez. Tradición e imagen estigmatizada de una ciudad fronteriza. 1900-1930”.

En esta ocasión, el investigador anuncia la remembranza de un con-

junto de diversiones que con la soberbia clasificación “para toda la familia”, destaca en la misma época en que se cimienta la leyenda negra sobre Ciudad Juárez (de lo cual García Pereyra nos obsequió ya sobrada evidencia en su libro *Ciudad Juárez la fea. Tradición de una ciudad estigmatizada* (UACJ, 2010).

El libro está dividido en siete apartados. El primero se ocupa de explicar el uso que da en esta obra al concepto de decencia: “Diversiones decentes (las fiestas familiares como escudos contra la inmoralidad)”. En las restantes seis secciones García nos presenta un relato cronológico de las diversiones socialmente aceptadas en aquella época: el teatro, las corridas de toros, el cine, el box, las peleas de gallos y la fiesta del Carnaval.

Un evento con fines de entretenimiento público quedaba en el rango de lo decente, no sólo cumpliendo las normas sobre la moral, expresadas en el Reglamento de Diversiones, se avalaba con la presencia de las autoridades, y también era bien visto si en él convergían distintas clases sociales. Otro ingrediente que fortalecía

la buena fama de estas “diversiones decentes” era la beneficencia pública, esto es, combinar el lucro con las razones sociales; las presentaciones a favor de cierta causa, en lo cual participaban clubes sociales, sociedades mutualistas y otro tipo de organizaciones. Así, eran comunes las corridas de toros, con el fin de recaudar fondos para la Junta de Mejoras Materiales (que se ocupaba de las obras públicas de la ciudad), o para obras concretas, como mejoras de los hospitales locales.

En el relato subyace la hipótesis de que esta serie de espectáculos o acontecimientos para el entretenimiento, constituyeron el contrapeso de aquellas actividades desaprobadas, que en su momento estigmatizaron a nuestra ciudad: los juegos de azar, la prostitución y el consumo de drogas. El autor plantea que las prácticas culturales de ese tiempo “significaron una forma de resistencia ante la dominación de prácticas sociales reprobadas y exacerbadas que proporcionaban una imagen negativa de la ciudad ante la opinión pública nacional e internacional” (p. 49).

Además de esa premisa central, a partir de